

cómo era la vida en aquellos tiempos de poemas y de mármoles, cuando la mano del artista hacía triunfar la forma en los talleres de Atenas, y la filosofía brindábase en las divinas ánforas del diálogo, y la gracia escultural de los atletas derramaba una armonía heroica sobre los campos de Olimpia. Oh! la tierra imperecedera y sagrada, donde el espíritu de los hombres fuera profundo y luminoso como el cielo natal; donde al claro repicar de los cinceles florecían de entre los paramentos de los mármoles, armoniosos relieves e inmaculadas estatuas, en tanto discurrían bajo la sombra de los olivos, en el valle de Himeto, los eféticos y los dogmáticos. Así pasaban las horas doradas y florecientes ante la hermosura de la naturaleza y el encanto de la palabra.

Pero hoy la belleza y el conocimiento son flores de soledad. Las metrópolis enormes nos aplastan, y tan sólo se advierte el estruendo de los hombres que luchan contra los hombres.

La vida se nos escapa por mil senderos inútiles; derrochamos nuestra fuerza espiritual en múltiples labores sin objeto. Atraídos por la sonoridad del mundo, renunciemos a la soledad intensa y dolorosa, donde el fuego del pensamiento purifica toda acción. En la soledad asistimos a la propia tragedia interior; en ella se derrumban las ilusiones y se levantan los ideales nuevos; toda inquietud nace a su amparo y todo impulso se levanta de su seno, como las águilas de los abismos de la montaña. En la soledad descubrimos las sendas interiores donde una secreta voz murmura trascendentales palabras, y donde, como una armonía silenciosa, se dilata la música del pensamiento. Allí aprendemos la suprema virtud de dialogar con nosotros mismos: aprendizaje imprescindible para el que quiere tener derecho a hablar de los hombres, puesto que no puede exigir se le escuche quien no supo escucharse a sí mismo. He ahí la virtud y el blasón que ostentaban los maestros de la antigüedad. Aprendieron en sí mismos la ciencia que transmitieron a los demás. Sus palabras salían humedecidas en aguas cordiales, y por ello se deslizaban con suavidad hasta el fondo de los corazones. Id, les decían, a las serenas cámaras del silencio y allí oiréis el rumor de una fuente; escuchad la voz de esa fuente con recogimiento que luego os brindará las eternas aguas de la eterna sabiduría... Y decían bien los maestros antiguos. Ellos todo lo sabían porque nunca estudiaron nada. No les preocupó más que la comprensión del propio espíritu, y cuando a ello llegaron, todo lo comprendieron. De ahí que a los discípulos se les hablara en voz baja, en el cálido tono de la conversación, como

para que la onda emotiva, mansa por lo confidencial, se derramara en el espíritu atento con la lentitud rumorosa de la ola en la playa. Nunca levantaba la voz en la plaza pública, porque sabían muy bien que ese era oficio de mercaderes que pregonan su mercancía intelectual o material. La profunda, la inmortal sabiduría, ni se inculca ni se vende: se descubre. Es innata como la Idea platónica. Y en instantes de soledad, cuando dialoga-

CONSEJO A LA MODA

Deja ya de volar, repliega el ala,
alma inquieta y fogosa, porque ahora
no es propicio el cantar de que haces gala
entre gente tan seria y pensadora.

Deja ya de volar, repliega el ala
y empéñate en faena productora,
esa porfía de tu ilusión es mala
y no tiene más dón que ser sonora.

Deja ya la ilusión, porque a la larga
sólo tendrás una congoja amarga,
y si en eso prosigues, lograrás
que en lo más empinado del camino
te magullen las aspas de un molino
mientras ríe mi cuerpo... y nada más.

HERNÁN ZAMORA ELIZONDO

San José, C. R., setiembre, 1921.

(Envío del Autor)

mos con nosotros mismos, o con un maestro de esos que saben su magisterio filosófico, la sentimos aletear dentro del alma como la mariposa que ve entreabrirse el velo de seda del capullo...

Ese sabor suave de la palabra antigua, que transmitía el saber sin torturar el lenguaje ni el pensamiento, se pierde por completo en la oscura inmensidad de la Edad Media. A la educación clara y sencilla sustituye la enseñanza dogmática con agrio sabor escolástico, hasta que el renacimiento nos liberta nuevamente devolviéndonos algunas de las cualidades esenciales de la cultura helénica. En el siglo xv, Erasmo de Rotterdam expone ideas nuevas acerca de la educación natural del hombre, ideas que más tarde han de ser sistemáticas por Rousseau. La corriente siguen otros escritores franceses como Rabelais y Montaigne que condenan la educación profesionalista; y el más alto representante del humanismo español, Luis Vives, al levantarse contra la escolástica medioeval preconiza un ideal de cultura que emancipe al hombre del artificio retórico.

Los más diversos rumbos siguió luego la enseñanza, de acuerdo con las oscilaciones de la filosofía, hasta que en el siglo xix le encadenó por completo el pedagogismo positivista, a pesar de tener dos grandes figuras como Herbart en Alemania y Tolstoi

en Rusia; excesivamente rígido por lo científicista, el sistema del primero; bellamente ideal por lo evangélico el del segundo.

Pero un nuevo renacimiento apunta ya. Hay dos fuerzas que comienzan a demoler el viejo edificio de la cultura y en las que yo he puesto toda mi esperanza: el renacer vigoroso de la filosofía idealista y la sana rebeldía de la juventud. Contribuyamos todos a este nuevo despertar del espíritu. Eduquemos al hombre en el amor a la sabiduría. Para ello es menester arrojar a los mercaderes de la enseñanza, derrumbar la universidad profesionalista y levantar sobre sus escombros la Academia ideal de los hombres donde cualquier Sócrates descalzo, sin más prestancia que la de su verbo sabio, pueda volcar en los corazones el agua mansa y melodiosa de su filosofía.

Discurso del Delegado de Centro América, don Roberto Barrios.

Señor Rector de la Universidad Nacional: Compañeros:

En nombre de las Delegaciones Estudiantiles de Centro América saludo a todos los estudiantes del Continente, y en particular a los de México, porque, con una hidalguía y una cordialidad que les honra, nos han abierto en esta ocasión la puerta de su casa siempre llena de sol, recibiéndonos como hermanos. ¡Gracias, pues, oh compañeros de México! Vuestro abrazo sincero, cálido, cordial, lo transmitiremos a las juventudes que representamos, porque para nosotros, no sólo significa una demostración de afecto, sino que adquiere toda la palpitante grandiosidad de un símbolo. Al prolongar vuestro abrazo consideraremos revivir, en el plano del espíritu, aquel acto ritual de las olimpiadas, en que la antorcha destinada a fulgurar en el templo de un dios, era transmitida de mano en mano, de generación en generación, sin apagarse nunca!

Las Delegaciones de Centro América esperan que este Congreso sea de resultados más prácticos que los anteriores, dado que el actual momento histórico por el que atraviesan algunas nacionalidades del Continente, se ha hecho más crítico, más terrible, más angustioso. Suponemos, por lo tanto, que todos los delegados universitarios harán algo más que discursos, pronunciarán algo más que bellas frases líricas, y que la solidaridad continental no la demostraremos únicamente sentándonos en común en la mesa de los banquetes o bien exponiendo en estilo suntuosos proyectos irrealizables. Porque la experiencia nos ha demostrado hasta la saciedad cuán idealistas han resultado los congresos estudiantiles en América. Nada menos, señores, recuerdo yo